





Los ganaderos de Moralzarzal

A comienzos de verano de 2013, en compañía de mi amigo Javier Sánchez, uno de los mejores fotógrafos de naturaleza de nuestro país, tuve el placer de acompañar a nuestros amigos Manolo López Luna, presidente de la Asociación de Ganaderos de la Cuenca Alta del Manzanares, y su hermano Vicente cuando subían una punta de ganado formada por cuarenta y cuatro vacas de raza avileña desde la localidad serrana de Moralzarzal hasta sus pastos de verano del monte de La Camorza, en la Pedriza de Manzanares. Nuestra intención era apreciar personalmente los problemas a los que se enfrentan los ganaderos del piedemonte madrileño de la sierra, objetivo que quedó plenamente cumplido. Prueba de ello son estas líneas y las fotografías de Javier que las ilustran, que pretenden

reivindicar lo poco que va quedando del pasado rural de la sierra de Guadarrama y de unos usos tradicionales amenazados de desaparición por la crisis económica, la urbanización descontrolada del territorio, la proliferación de infraestructuras viarias y la despreocupación, cuando no la abierta hostilidad, de los poderes públicos.

El trabajo de los ganaderos en el Guadarrama no tiene ya nada que ver con el que realizaban sus antepasados hace siglos, cuando debían pasar todo el verano en las majadas de los puertos vigilando las vacadas. Incluso ha cambiado respecto a cómo se hacían las cosas hace treinta años, en tiempos de Vicente López Barbero, padre de Manolo y Vicente, quien también nos acompañó en esa ocasión pues se resiste a jubilarse del todo y abandonar un oficio que lleva en la sangre desde niño. Hoy los ganaderos serranos han sustituido el diestro manejo de la honda y el arte de construir chozos de piedra y retamas por el teléfono móvil y los vehículos todoterreno, pero incluso con estos modernos medios técnicos el trabajo de subir el ganado a la sierra sigue siendo la trasterminancia ganadera estacional practicada desde tiempos inmemoriales en la sierra de Guadarrama.

La jornada comenzó con la labor no siempre fácil de separar las reses que han de subir a la sierra de las que no, lo que hubo de hacerse en la finca que Manolo y Vicente tienen arrendada en el monte de Matarrubia, que en esas fechas de finales de junio no se había agostado todavía y ofrecía un aspecto espléndido tras un invierno y una primavera extraordinariamente generosos en lluvias. Desde tiempos inmemoriales, las vacas de Moralarzal emprendieron el camino hacia la sierra en la Dehesa Vieja, cuyos pastos han sido aprovechados durante siglos por los ganaderos del lugar en virtud de un derecho establecido en tiempos medievales. Sin embargo, a lo largo de más de una década, desde 2003 hasta 2015, han tenido prohibido meter sus vacas en este magnífico monte de casi sesenta hectáreas salpicadas de añosos fresnos y encinas por uno de los muchos sinsentidos que se han propiciado en este entorno casi periurbano del piedemonte madrileño de la sierra de Guadarrama. Hasta hace poco tiempo, un alcalde de Moralarzal, de cuyo nombre no quiero acordarme, ha intentado construir por todos los medios un campo de golf en esta magnífica dehesa, despojándola parcialmente de la protección que le otorga su inclusión en el Catálogo de Montes de Utilidad Pública de la Comunidad de Madrid. Afortunadamente, parece que las aguas han vuelto a su cauce con la llegada de otro equipo de Gobierno y la Dehesa Vieja de Moralarzal recupera su insustituible papel para el aprovechamiento racional de los recursos naturales y la educación ambiental de las futuras generaciones.

Tuvo, pues, que ser allí, en el monte de Matarrubia, donde iniciamos nuestro camino y donde pudimos admirar el hermoso espectáculo del acoso al ganado por

los cinco vaqueros a caballo que nos acompañaban: Vicente, Matías, Luis, Félix y Borja. La escena quedó inmortalizada en la magnífica fotografía de Javier que se muestra un poco más abajo, en la que se refleja magistralmente esta operación ancestral repetida durante siglos en los montes y dehesas españolas, y que incluso ha trascendido como estereotipo cinematográfico al haberse extendido durante los tiempos de la colonización a la pampa argentina y a las praderas de Norteamérica.

Tras reunir la vacada descendimos entre fragantes pinos resineros hasta la carretera de Mataelpino, por la que las vacas debían recorrer una distancia de medio kilómetro bajo la atenta mirada de la policía municipal, que minutos antes había cortado el tráfico. Arreamos al ganado sin contemplaciones para hacer más rápido el tránsito por el asfalto y enseguida abandonamos la carretera para seguir durante unos cientos de metros el curso del arroyo Samburiel. Al fondo, presidiendo el inquietante paisaje de naves, talleres y transformadores eléctricos del polígono industrial de Capellanía, se alzaban imponentes las cercanas cumbres de la Cuerda Larga, decoradas con unos ventisqueros tan nutridos y persistentes como no se recordaba desde hacía muchos años a comienzos de verano.

El acoso a caballo, un tipo de manejo ganadero propio de las dehesas españolas que ha trascendido como estereotipo cinematográfico al extenderse durante los tiempos de la colonización a la pampa argentina y a las praderas de Norteamérica



Vacas, caballos y vehículos irrumpimos en tropel en otro tramo de carretera, esta vez la de Navacerrada, que pronto abandonamos para tomar la colada de los Praderones y la vereda que va desde Cerceda a El Boalo, viejos caminos ganaderos utilizados por los pastores y vaqueros que hicieron durante siglos el mismo recorrido que hicimos nosotros. Es allí, en los extensos y siempre verdes pastizales de los Praderones, donde se pretendía hasta hace unos pocos años edificar miles de viviendas, que después, tras el estallido de la burbuja inmobiliaria se quisieron reducir solo a centenares. Absurdo empeño, sobre todo cuando se observan, como hacíamos nosotros, las decenas de edificios abandonados y a medio construir cubiertos de grafitis que se levantan a apenas unos metros de distancia de la colada que recorríamos.

Mientras avanzábamos al paso tranquilo del ganado en esa zona todavía no urbanizada, Manolo nos iba detallando uno por uno los problemas a los que se enfrentan los ganaderos de Moralarzal, gente honrada y sufrida a la que anima la fuerza que da el amor a un oficio transmitido de padres a hijos durante generaciones, y

En la sierra de Guadarrama muchas vías pecuarias han desaparecido bajo el asfalto. En la imagen, las vacas se dirigen a sus pastos de verano por la carretera de Moralarzal a Mataelpino

